



J.C.  
McKeown

# GABINETE DE CURIOSIDADES MÉDICAS EN LA ANTIGÜEDAD

Historias sorprendentes sobre los métodos  
de curación en Grecia y Roma

*Gabinete de curiosidades médicas de  
la Antigüedad*

J.C. McKeown

© Oxford University Press, 2017

© de la traducción, Silvia Furió, 2017

© del diseño de portada, Sophie Guët

© de las ilustraciones de portada: Wellcome Library, London; Erich Lessing/ Album; Sophie Guët

© Editorial Planeta S. A., 2017

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-17067-36-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

Gabinete de curiosidades médicas de la Antigüedad se ha publicado originalmente en inglés en 2017. Esta traducción se publica bajo acuerdo con Oxford University Press. Editorial Crítica es la única responsable de esta traducción de la obra original. Oxford University Press no asume ninguna responsabilidad derivada de errores, omisiones, imprecisiones, ambigüedades o pérdidas de significado que puedan producirse en esta traducción.

J.C. McKeown, profesor de la Universidad de Wisconsin, que nos fascinó con sus gabinetes de curiosidades romanas y griegas, nos transporta ahora al singular mundo de las ideas y las prácticas médicas de la Antigüedad.

Nos adentramos así, a través de una amena secuencia de hechos, anécdotas y textos, en las creencias, el saber y la práctica de la medicina en la antigüedad griega y romana. Un mundo dominado por el prejuicio (por la idea, por ejemplo, de que los hombres tienen más dientes y un cerebro mayor que las mujeres) en el que convivían las supersticiones y la magia con las observaciones científicas de los primeros grandes médicos de la Antigüedad.

Un recorrido de relatos extraños y hechos sorprendentes que nos permite advertir las diferencias entre aquellos tiempos y los nuestros, a la vez que la permanencia de algunos rasgos básicos de la naturaleza humana.

*En agradecimiento a los médicos y enfermeras  
que me salvaron la vida un día de verano.*

## Prefacio

El tratado hipocrático *Sobre la naturaleza del hombre* empieza con la siguiente declaración: «Aquel que está acostumbrado a escuchar discursos sobre la naturaleza del hombre en un contexto amplio, y no solo en relación específica con la medicina, no encontrará nada que sea de su interés en esta obra mía». Sin embargo, más que en la medicina propiamente dicha, en esta obra se hace especial hincapié en los aspectos más amplios de la vida en la Antigüedad tal como se han conservado en los textos médicos. Aquí encontraremos estampas de médicos lidiando junto al lecho del enfermo y asombrando al abultado público con sus habilidades quirúrgicas; curas para la migraña como la de envolver un pez eléctrico, un sujetador femenino o una venda con excrementos de ratón alrededor de la cabeza del paciente (los dolores de cabeza, y también la alopecia, se pueden prevenir si uno se corta el pelo el decimoséptimo o vigesimonoveno día después de luna nueva); burras en el cuarto del enfermo para garantizarle el suministro de leche fresca; una gran profusión de amuletos, como una víbora estrangulada para ahuyentar la amigdalitis o un cuco en una bolsa de piel de liebre para inducir al sueño; y viejos chistes conocidos del tipo «Un hombre fue al médico y dijo: “Doctor, cuando me despierto me siento mareado durante media hora, después ya me encuentro bien”. A lo que el médico respondió: “Entonces ¡levántese media hora más tarde!”».

No hay modo de mitigar lo disparatado de las innumerables afirmaciones sobre medicina hechas en la Antigüedad. Si tomamos unos pocos ejemplos al azar, no podemos sino maravillarnos ante declaraciones como:

*Las medicinas pierden eficacia si se colocan sobre una mesa antes de ser administradas.*

*Puede retrasarse la pubertad untando sangre de murciélago sobre los pechos de las niñas y sobre los testículos de los niños.*

*Una de las observaciones más profundas de Pitágoras fue el descubrimiento de que si a un niño se le ponía un nombre con un número impar de vocales tenía propensión a sufrir cojera, pérdida de visión y otros defectos similares en el lado derecho del cuerpo, y en el izquierdo si el número de vocales era par.*

Es posible que hoy en día haya algunos médicos que, si piensan en los orígenes de su profesión, desdeñen sin ambages todos los logros alcanzados en este campo anteriores al descubrimiento de los microorganismos y de la tecnología para estudiarlos. Esta actitud autocomplaciente, que prescinde de las muchas y brillantes percepciones sobre la medicina que le debemos a la Antigüedad, sería errónea, pero este libro hace muy poco o nada por corregirla. Como ya se habrá adivinado por las citas ofrecidas, mi principal aspiración es la de proporcionar destellos del mundo de la medicina en el pasado lejano que ofrecen entretenimiento más que conocimiento. No tengo competencia para hablar con autoridad de ningún tema médico, ni antiguo ni moderno, y mi *modus operandi* no pretende en absoluto hacer una exposición fiel y equilibrada de la medicina griega y romana. La atención se centra básicamente en lo raro, lo extraño, lo totalmente insólito, como el pronóstico a través de la astrología y el útero errante (véanse pp. 37 y 129); pocos de los textos citados apuntan siquiera a los aspectos más racionales y científicos del pensamiento médico antiguo.



La medicina se ha desarrollado de formas tan radicalmente diferentes desde la Antigüedad que el contenido de este libro resultará en más de una ocasión sorprendente para el lector más acostumbrado al mundo médico moderno. Se otorga gran relevancia, por ejemplo, a los supuestos vínculos de la medicina con la religión y la magia, a los procedimientos pintorescos como las sangrías, y a anticuadas teorías como la de la tenaz y férrea creencia en los cuatro humores. Por otro lado, aunque voluminosas, las fuentes antiguas son visiblemente circunspectas sobre cuestiones de la disciplina que son de vital importancia en la medicina moderna. Puesto que correspondía a las familias hacerse cargo de sus enfermos y de sus mayores, poco sabemos del cuidado de los discapacitados físicos y no existía ninguna especialización en geriatría; la odontología consistía en poco más que la extracción de dientes (aunque algunas personas tenían dentaduras o dientes de oro); la adicción, tanto al alcohol como a las drogas, apenas se menciona; las infecciones de transmisión sexual al parecer no estaban tan extendidas ni eran tan virulentas como hoy en día; la cirugía se practicaba con frecuencia, pero, debido a la ignorancia de la anatomía interna y a la ausencia de anestésicos efectivos, era un remedio temido y desesperado, y, por consiguiente, los relatos de dicho procedimiento son inevitablemente breves y superficiales.

Los progresos llevados a cabo en la ciencia médica moderna no tienen precedentes en cuanto a su alcance y rapidez. Desde comienzos del milenio, se ha elaborado el mapa del genoma humano, se ha extendido la cirugía robótica y mínimamente invasiva, y se han creado el primer hígado y el primer riñón humanos. Las expectativas de avances decisivos en el tratamiento del cáncer, trastornos genéticos y enfermedades cardíacas y neurológicas son elevadas. Por supuesto, estas listas podrían alargarse fácilmente. La investigación médica afronta el futuro con la pre-

sunción realista de lograr progresos cada vez más asombrosos.

No siempre ha sido así. Hasta épocas relativamente recientes, la medicina, como la mayoría de las ciencias, estaba firmemente anclada en el venerado pasado más que en el futuro inexplorado. En la Antigüedad, el médico por excelencia fue Hipócrates de Cos (ss. v-iv a. C.). Debido a su enorme reputación, le fueron atribuidos los aproximadamente setenta tratados del corpus hipocrático, aunque no se puede demostrar la autoría de ninguno de ellos y muchos probablemente se escribieron tras la muerte de este gran hombre. Galeno (ss. ii-iii d. C.) dominó el pensamiento médico occidental prácticamente sin oposición hasta el Renacimiento, y algunas de sus enseñanzas todavía constituían el dogma vigente hasta bien entrado el siglo xix. El hecho de que continuara siendo una autoridad durante más de un milenio y medio indica un conservadurismo extremo. En realidad, vemos que este compromiso con la inercia intelectual se extiende a lo largo de un período todavía más prolongado, puesto que los propios textos de Galeno están profundamente influenciados por el corpus hipocrático.

En su ensayo *Sobre cómo ha de reconocerse al mejor médico*, Galeno insiste repetidamente en que un estudiante de medicina no está debidamente preparado si no ha adquirido un profundo conocimiento de las enseñanzas de los principales autores médicos de la Antigüedad. Galeno no es en absoluto una figura aislada. El respeto y la deferencia por la arraigada sabiduría tradicional fueron rasgos harto universales de la enseñanza y práctica médicas a lo largo de la Antigüedad. Por ejemplo, cuando Escribonio Largo publicó su colección de prescripciones farmacológicas a mediados del siglo i d. C., hizo el siguiente comentario introductorio:

*Casi nadie lleva a cabo una minuciosa valoración de las credenciales de un médico antes de some-*

*terse uno mismo y su familia a sus cuidados. En cambio, nadie encargaría la realización de su retrato a un pintor sin haber evaluado primero su capacidad mediante el estudio de ejemplos de su obra. Todo el mundo posee un juego de pesas y medidas de precisión para asegurarse de que no se produzcan errores en aspectos de la vida que en realidad son bastante triviales. Esto es así porque las personas otorgan más valor a las cosas que a sí mismas. Por consiguiente, los médicos no sienten la necesidad de trabajar duro en el estudio de la medicina. Incluso hay algunos que no solo ignoran los escritos de los médicos del pasado, cuyas obras constituyen los cimientos de la profesión médica, sino que además tienen la temeridad de atribuir opiniones totalmente erróneas a aquellos primeros investigadores. (Prescripciones, Prefacio).*

Asimismo, Pablo de Egina, que escribió en Alejandría durante los últimos estertores del mundo clásico, justo antes de que la ciudad fuera conquistada por los árabes en 641 a. C., prologa su *Compendio médico* del siguiente modo:

*Es extraño que los abogados tengan a mano manuales jurídicos que contienen los aspectos fundamentales de todas las leyes cada vez que los necesitan, mientras que los médicos descuidan este particular. Los abogados pueden posponer la deliberación de cualquier asunto durante largo tiempo, pero nosotros pocas veces o nunca tenemos esta oportunidad. ... Sus negocios se llevan a cabo casi exclusivamente en las ciudades, donde hay una abundante provisión de libros, pero las emergencias médicas no surgen solo en las ciudades o*

*en el campo y en lugares remotos, sino que a veces se producen en barcos en alta mar, donde la demora puede ser fatal o como mínimo tener consecuencias muy graves. Es sumamente difícil, si no totalmente imposible, retener en la memoria todos los procedimientos médicos y todas las distintas medicinas. Por esta razón he recopilado este compendio de material de los antiguos textos médicos, con tan solo una modesta contribución por mi parte, basada en lo que he visto y he experimentado en mi práctica como médico.*

Los «antiguos textos médicos» de Pablo son en gran medida los de Galeno, que prosperó casi quinientos años antes, y el corpus hipocrático, escrito casi en su totalidad en torno a un milenio antes. Teniendo en cuenta este conservadurismo de profundas raíces, no es de extrañar que los textos médicos antiguos que se han conservado contengan muy pocos elogios de los nuevos descubrimientos y sí abundantes críticas a las innovaciones por considerarlas pura ignorancia o efímera charlatanería, motivadas la mayoría de las veces por el deseo de enriquecerse con rapidez. Esta crítica predominará en las páginas que siguen; la profesión médica no siempre ha tenido la consideración positiva que tiene hoy en día.

Dada la naturaleza insólitamente estática de las prácticas médicas antiguas, no importa demasiado cuándo ni quién dijo algo. He presentado la mayoría de las citas sin comentarios ni notas al pie que distraigan al lector. No obstante, el glosario de las pp. 309-321 proporcionará información básica sobre las personas, lugares y acontecimientos que aparecen de forma más destacada en el presente libro.

La lectura de los textos médicos antiguos, tanto los escritos en griego como en latín, puede ser un gran desafío. Las dificultades surgen no solo de la naturaleza a menudo altamente técnica del tema, sino también de la falta de edi-

ciones fiables de muchos de los textos. Hasta hace muy poco, la mayoría de las obras de Galeno y de Hipócrates se leían todavía en ediciones basadas en gran medida en una erudición no siempre satisfactoria que se remontaba al Renacimiento. Esta deficiencia se está ahora subsanando gracias a los espléndidos esfuerzos de numerosos estudiosos de diversos países, cuya investigación es de muy alta calidad. Sin sus esfuerzos, el corpus médico antiguo supondría todavía un reto mayor de lo que representa para un no especialista como yo, y no habría tenido acceso a aquellas obras que se han conservado solamente en traducciones a otras lenguas, especialmente al árabe. A nivel personal, estoy totalmente en deuda con amigos y colegas. Debra Hershkowitz leyó el borrador de todo el libro y suprimió el ingente exceso de material que probablemente no habría fascinado a nadie, salvo a mí. Dos médicos muy ocupados, Cara Moll y James Nettum, me han salvado de numerosos errores relativos a la terminología médica moderna. Julie Laskaris, Susan Mattern, Vivian Nutton, que fue mi profesora hace muchos años, Ralph Rosen, y John Scarborough, colega mío en Madison, han compartido generosamente conmigo su vasto conocimiento de la medicina antigua, mejorando con ello este volumen en muchos aspectos.

## CONSEJO MÉDICO

Antes de probar cualquiera de los remedios de este *Gabinete de curiosidades médicas de la Antigüedad*, consulte a su médico. Si este aprueba más de un ínfimo porcentaje de estas recetas, cambie de médico.

Puede leerse a.c, c/c., p.c., h.s., ad lib., s.o.s., mane, nocte (antes, durante y después de las comidas, a la hora de acostarse, como se quiera, cuando haga falta, de día o de noche).

Para mejores resultados, no leer más de dos capítulos al día. Exceder la dosis recomendada no provoca efectos nocivos a largo plazo, pero puede producir somnolencia y, en casos excepcionales, náuseas.

*Al sanador de enfermedades, Asclepio, comienzo a cantar,  
el hijo de Apolo, a quien engendró la divina Corónide  
en la llanura de Dotio, la hija del rey Flegias:  
alegría grande para los hombres, de los nocivos dolores ali-  
vio.*

*(Himno Homérico a Asclepio) Un médico no debe acudir a  
la poesía para fundamentar sus opiniones, pues semejante  
fervor indica incompetencia.*